(Casa del Sr. Marqués de Casa-Irujo, calle de Alcalá.)

CONSTRUCCION CIVIL.

De algunos años á esta parte se observa con placer que los profesores encargados de las obras particulares en esta capital, apartándose de la antigua rutina seguida hasta el dia, tratan de dar á las casas que construyen una forma halagüeña y de buen gusto, sin descuidar por eso el interés del propietario y la comodidad de los que hayan de habitarlas.

Si desde que en 1815 se empezó la reedificacion casi completa de Madrid, se hubieran seguido constantemente las mismas ideas, ciertamente que á estas horas las calles de nuestra capital presentarían un aspecto semejante á las de Cádiz, y esto unido á su estension y anchura y á la comodidad que hoy ofrecen las nuevas aceras, concluiría por hacerlas interesantes y aun magníficas. Sin embargo, mucho se ha adelantado, y en varias de ellas pueden ya mirarse como una escepcion las puertas bajas, los balcones salientes, el alero prolongado, el color primitivo de la fábrica, y demas que ya en el dia solo sirven á decir al transeunte que aquella es una finca de capellanía ó de mayorazgo. Las demas generalmente se han renovado casi del todo en el transcurso de veinte años, y aun en este mismo periódo prueban como dijimos al principio las notables variaciones y los progresos del gusto.

La primera que á nuestro entender llegó á ofrecer buen modelo que imitar en esta última época, fue la construida por el Sr. Mariategui en la calle de Atocha frente á la Trinidad; y desde entonces, segun la mayor ó menor estension de terreno, todas tomaron una forma mas elegante; todas fueron pintadas de un color de piedra de colmenar con adornos sencillos en los balcones, y los hierros de estas de blanco; muchas añadieron á sus dos estremos bonitos miradores ó cierres de cristales; otras se atrevieron hasta á formar en su cima terrados y belvederes; y algunas (pocas por desgracia) desterraron las ridículas buhardillas.

Como los planes de los arquitectos tienen necesariamente que subordinarse al mayor interés de los dueños, y como este repugna generalmente como perjudiciales toda holgura en la distribucion del edificio y todo adorno para su decoro, de aqui viene á seguirse cierta monotonia ó uniformidad en las construcciones, que solo muy de tarde en tarde llega á interrumpirse cuando un propietario de gusto y facultades consiente en sacrificar una

parte de su interés al decoro y lucimiento de una obra.

Tal acaba de verificarse últimamente en la casa construida en la calle de Alcalá, esquina á la del Barquillo, y propia del Sr. marqués de Casa-Irujo, cuya obra tuvo principio en el mes de marzo del año de 36, y se ha concluido al año cabal en este mismo mes. Este edificio aunque no exento de una escrupulosa censura, reune cierto carácter de grandiosidad y de elegancia poco comun en nuestras casas particulares, y recuerda exactamente los brillantes *hotels* de la nobleza parisiense en el *faubourg Saint-Germain* de aquella capital.

El sitio de que pudo disponer el arquitecto comprendia cerca de once mil pies superficiales en un polígono irregular de seis lados; y es de presumir que á no haber tenido que disponer el piso bajo y otras habitaciones de la casa para viviendas alquilables, hubiera variado en esta parte el plan de su obra.

La decoracion de la fachada principal que mira á la calle de Alcalá, consiste en un basamento dividido en zócalo de tres hiladas de sillería lisa, cuerpo bajo y entresuelo, almohadillados y coronados por una imposta. Tiene dos resaltos en los estremos, en cada uno de los cuales hay una puerta, y otra principal en el centro que remata en arco de medio punto, da entrada á la escalera y patio. La puerta de la derecha sirve de ingreso á un café dispuesto con la conveniente distribucion, y la de la izquierda á una tienda que hace euritmia como todas las demas partes que constituyen dichos dos resaltos. El cuerpo que se eleva desde la imposta y comprende toda la altura de la casa, está decorado con ocho pilastras resaltadas de órden jónico compuesto, distribuidas dos en forma de interpilastras en ambos resaltos, y cuatro en el lienzo intermedio y centro de la fachada, con su correspondiente cornisa con algunas modificaciones en ella y proporciones en las pilastras. Comprende esta decoracion tres pisos; el principal tiene en los estremos y el medio balcones volados, sobre repisas, y los cuatro restantes tambien volados, pero sobre el de la imposta; los de los cuerpos segundo y tercero son balconcillos antepechados. En la fachada que mira á la calle del Barquillo hay otros dos resaltos en sus estremos, y tiene siete huecos en línea como la principal, pero sin decoracion de pilastras. En el piso bajo hay tres cocheras, y la del medio se comunica por el patio y portal á la calle de Alcalá, una puerta en cada resalto y dos rejas; los demas cuerpos en todas sus partes siguen el mismo sistema que la fachada principal.

Es de notar el ángulo que hace á las dos calles, el cual en la concurrencia de ambas era agudo, desagradable por cierto, como todo lo que no sea recto fuera de sistema; pero una correccion ingeniosa le ha convertido en recto, lo cual constituye una agradable armonía en el conjunto.

En la distribucion interior hay tambien algo fuera de rutina; siendo una figura irregular su perímetro es de observar que la entrada principal, patio, caja de escalera y las piezas principales del café estan á escuadra, refiriéndose esta siempre á la direccion de la principal fachada, y por consecuencia todas las piezas principales de las habitaciones gozan esta misma regularidad. Hay dos escaleras, una principal que tiene su entrada por la calle de Alcalá, y otra por la del Barquillo; esta última tiene por obgeto la comunicacion á todas las cocinas de las habitaciones y á las buhardillas; y la primera está ejecutada al aire, con curba en los encuentros de los tiros, de modo que sigue la barandilla sin interrupcion hasta el fin, concluyendo en un tragaluz.

No nos detenemos en mas detalles, pues no siendo este un edificio de primero ni de segundo órden, solo hemos podido considerarle como una casa en que el arquitecto ha querido combinar los intereses de su dueño con el ornato público, y bajo este concepto es digno de apreciar su celo, asi como el desinterés del dueño de la casa, tampoco comun en estos tiempos.

El profesor encargado de esta obra ha sido el académico de mérito D. Lucio de Olavieta, y sabemos que en las ideas del mismo entraba el proyecto de repetir un edificio igual en la esquina del Carmen, comunicando ambos por medio de un arco bien ideado, que debería dar paso á la calle del Barquillo ensanchada hasta cincuenta pies, lo cual realizado no puede dudarse que contribuiría grandemente á hermosear la magnífica calle de Alcalá.

DIFERENTES NOTICIAS CURIOSAS.

Hay muchas costumbres antiguas, cuyo orígen es curioso saber. El pan fue una invencion de los griegos, adoptada posteriormente por todos los pueblos. Por mucho tiempo no se conocieron en Europa otras máquinas para moler el trigo que los molinos de mano, hasta que entre otras invenciones tomadas de los sarracenos, trajeron los primeros cruzados la de los molinos de viento. Siglos enteros se servia en las comidas en lugar de plato una rebanada redonda de pan, y concluida la comida se daban á los pobres aquellos platos de pan. Los gaulas usaban ya en tiempo de Plinio el naturalista la levadura en el pan; pero en el siglo diez y siete condenó la facultad de medicina la aplicacion de ella como perjudicial á la salud, suscitándose desde entonces una guerra entre los médicos y los panaderos, que aun no se ha determinado enteramente.

Los egipcios no solo apreciaban los brócules, sino que eran para ellos obgeto de adoracion, y los romanos los introdujeron en Europa.

El albérchigo es originario de Persia, en donde se le tiene por venenoso, pero transplantado á nuestros climas ha perdido mucho de su cualidad fria, y ha llegado á ser una fruta deliciosa.

En la época de las cruzadas se trajo de la Siria la ciruela, y en muchos paises de Europa hay una especie de ciruela conocida por el nombre de *claudia*, en memoria de la esposa de Francisco I.

Hubo tiempo en que se buscaban los conejos como la comida mas esquisita; y en España se multiplicaron tanto, que llegaron á minar las murallas y casas de Tarragona, de modo que empezaron á caerse en algunos parajes.

Los gaulas acostumbraban conducir á Roma para su provision inmensas manadas de gansos por medio de los Alpes, y hoy se ven en Francia numerosas manadas de pavos viajando con sus conductores por todas las provincias.

En tiempo de los trovadores se cojian en el Mediterráneo delfines y ballenas, cuya carne se comia.

Los romanos miraban las ostras como un manjar regalado, y el poeta Ausonio las celebra en sus versos. Despues de él se fueron desestimando, y no volvieron á apreciarse hasta el siglo diez y siete.

Hubo tiempo en que costaba mucho conseguir del clero católico el permiso de comer huevos durante la cuaresma, y esta rígida abstinencia dió motivo á la costumbre de bendecir el miércoles de ceniza gran cantidad de ellos, que se repartian á los amigos por pascuas. Reinando Luis XIV se ponian en su gabinete el lunes de pascua despues de los oficios, enormes pirámides de huevos pintados y dorados que regalaba á los cortesanos.

La palabra tarta significó en su orígen un pan redondo comun; pero en lo sucesivo se dió este nombre á composiciones de pasta y dulce.

Era costumbre entre los cursantes de medicina de París cuando alguno tomaba las borlas, el dar despues

del acto á los profesores un almuerzo, cuyos platos principales eran una empanada de vaca y uvas. El célebre canciller de l'Hospital prohibió que se publicasen á grito en las calles de París aquella clase de pasteles, que por la inmensidad de ellos que se vendia, parecian ya obgeto de lujo. El claustro de París imitó su ejemplo, y se reemplazó el almuerzo con una cantidad de dinero. Los grados de universidad siguieron conservando su antiguo nombre, y se llamaron hasta la revolucion *Pastillaria*.

Los pasteles de hojaldre tienen un orígen religioso, pues se usaron la primera vez en las iglesias. En algunas se presentaban en ciertos dias á los canónigos, de donde vino el nombre de *oblatas*. Hubo paises en que llegaron á ser una especie de censo ú pension, y en Francia se llamaba *droit d oubliage* la facultad de exijirlos. Mas en adelante se vendian en las calles de París, y las mujeres que los vendian gritaban pregonándolos: *Plaisir des dames*! En el siglo diez y siete los vendian los hombres de noche. Sobre el cajon que los contenia estaba puesta una especie de cuadrante con una manecilla movible que se hacia jirar, y daba el vendedor tantos hojaldrados cuantos señalaba el número en que se paraba la manecilla. Este debe de haber sido el orígen de la rueda de los barquilleros.

Este entretenimiento se propagó muchísimo. Se hacian infinitas apuestas sobre el número que se acertaría, y se llamaban árbitros que decidieran de las jugadas dudosas. Pero habiendo hecho asesinar Cartuchо á algunos de los vendedores de hojaldrados, y vestirse con el traje que usaban á los de su cuadrilla, prohibió la policía bajo de las mas severas penas el venderlos de noche. Este comercio fue disminuyendo despues considerablemente, y aunque se ha renovado en nuestros dias, no ha sido con el séquito que tuvo al principio.

En los paises de muchos viñedos se encerraba el vino no solamente en cueros, sino en cisternas construidas de cal y canto con el mayor cuidado; los escuderos y criados iban á llenar á ellas sus frascos, que llevaban colgadas del arzon de la silla.

Los chochos y confites se usaron en otro tiempo para obsequiar á las personas de distincion, y á los jueces á quienes se dirijia alguna solicitud; y de tal manera se generalizó esta costumbre, que Luis XI dió un decreto prohibiendo á los jueces tomar mayor cantidad de ellos que la del importe de diez cuartos cada semana. Felipe el Hermoso redujo todavía esta cantidad á sola la que podia gastarse al dia en una familia. A esta costumbre sustituyó la de dar dinero, y un tal Mr. de Tournon fue el primero que dió diez francos de oro en vez de diez cajas de chochos.

En los siglos doce y trece exijia la buena educacion que se sentasen los convidados á un banquete por parejas de hombre y mujer juntos, y que cada pareja comiese en un mismo plato. En las comidas diarias de una familia bebian todos de un vaso, y el padre de San Berlando le desheredó por haber enjugado el vaso antes de beber, á pretesto de que tenia lepra.

El beber unos á la salud de otros fue entre los romanos una especie de rito religioso, y hubo época en que se hizo general en Europa. No hace sesenta años que en Alemania se bebia no solo á la salud de todos los que estaban presentes, sino aun á la de los tios, tias, y primos; se echaban brindis hasta por los parientes que no existian, y un estranjero se veia precisado á informarse de toda la genealogía de aquellos con quienes iba á comer. Pasquier refiere sobre esto una anécdota interesante relativa á la desgraciada María Stuard, que pereció en el patíbulo. La noche que precedió á su muerte, bebió despues de la cena á la salud de todos sus domésticos, suplicándoles que le correspondiesen por su parte. Todos obedecieron y bebieron á la salud de su infeliz reina, y sus lágrimas se mezclaron en los vasos con el vino; ¡tan grande era su pesar!

Los antiguos amenizaban los festines con varios espectáculos y representaciones. Los romanos y griegos divertian á sus huéspedes con pantomimas, y á veces con los sangrientos combates de gladiadores y luchadores. Los príncipes cristianos de los primeros siglos gustaban mucho de los bailes pantomímicos durante los festines. En los intermedios los menestrales y trovadores cantaban sus versos acompañándose con las arpas. En los refectorios de los monasterios ó en las comidas de prelados piadosos, se leian libros de piedad ó se tocaba música. El primer órgano que se vió en Francia se construyó para tocarse mientras comia Carlo Magno.

Los espectáculos mas notables con que obsequiaban los príncipes á sus huéspedes eran los llamados *entremets*, y consistian en combates de caballeros, juegos de autómatas y representaciones dramáticas ó mímicas de argumentos importantes. En una fiesta que dió Carlos VI de Francia á las damas de la corte, dos caballeros, Reinaldo de Roye y el Sr. Boncicaut, corrieron á caballo durante la comida al derredor de la mesa, y rompieron una lanza; sucediéndoles otros caballeros que hicieron lo mismo. En el banquete dado por Carlos V en 1738, se representó la salida de Godofre de Boullon para la tierra Santa y la toma de Jerusalen. En las funciones que dispuso Carlos VI para solemnizar la llegada de Isabel de Baviera, se representó el sitio de Troya. Veíase una enorme fortaleza defendida por cinco torres, una en cada ángulo, y la quinta en medio. Las corazas y escudos pendientes de las murallas, manifestaban que aquella fortaleza era la ciudad de Troya, y la torre del centro la ciudadela de Ilion. A cierta distancia se divisaba un gran acampamento, que segun lo indicaban las armas era el de los griegos, y detras del acampamento se dejaba ver un gran buque que podia contener cuando menos cien guerreros. La fortaleza, el acampamento y el buque, se movian por medio de ruedas, cuyos resortes, asi como los que los dirigian, no podian verse. Hubo una gran batalla entre los héroes griegos del acampamento y buque y los troyanos de la fortaleza; pero duró poco, porque era tal el concurso de espectadores y tan grande la confusion y el calor, que salieron muchos individuos heridos, y otros perecieron sofocados.

La corte de Borgoña era la sobresaliente en punto á espectáculos de autómatas y animales. En una fiesta con motivo del matrimonio de Carlos el atrevido con la princesa Margarita de Inglaterra, hubo tres *entremets*. Presentóse primeramente un gran unicornio llevando encima á un leopardo, que con una de sus garras asía el escudo de Inglaterra y con la otra una margarita, aludiendo al nombre de la princesa.

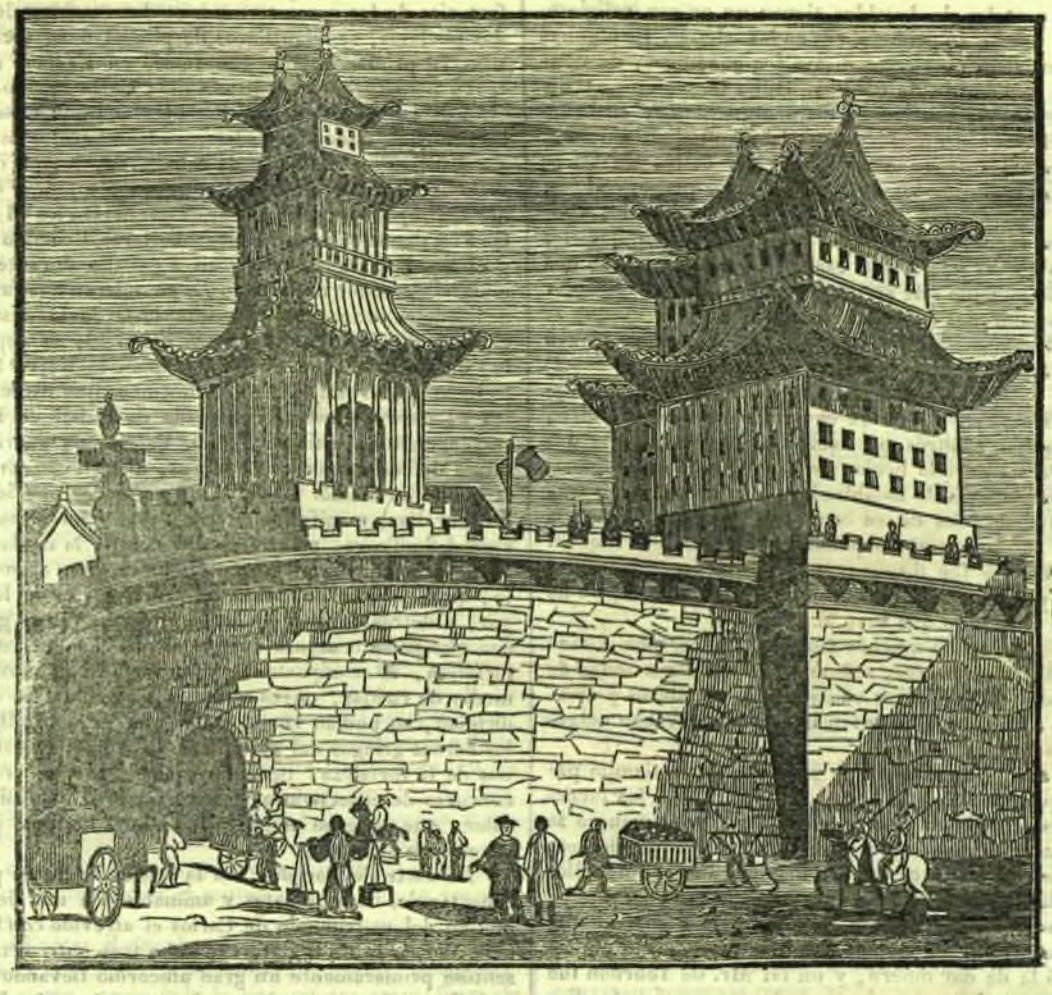
En lo antiguo se usaba beber vino y comer huevos al principio de la comida para fortificar el estómago. La comida diaria de Carlo Magno se componia de cuatro entradas y un solo plato de caza asada.

No se gastaban manteles, sino que se tenia cuidado de limpiar y bruñir muy bien las mesas. Mas despues se cubrian con cuero, al que siguieron los manteles de hilo ú algodon. Tampoco se gastaban servilletas en las clases medianas de la sociedad, y las primeras vinieron de Rheims, habiendo regalado aquella ciudad á Carlos V un mantel que se valuó en mucho precio. Cuando algun caballero habia merecido una desgracia, se cortaba el mantel con gran ceremonial delante del puesto que ocupaba, diciéndole: que un príncipe que no llevaba sus armas era indigno de comer en la mesa del rey, y en aquel caso el caballero estaba en obligacion de lavar su afrenta ó probar que se le injuriaba. Esto es lo que sucedió al conde d'Ostrevan en la mesa de Carlos VI; un rey de armas cortó el mantel en dos pedazos delante de él, diciéndole: que un príncipe que no llevaba sus armas, era indig-

no de sentarse á la mesa del rey. Guillermo respondió con entereza: "llevo una lanza y un escudo tan bien como otro cualquiera caballero. No puede ser eso, replicó el heraldo, porque hubierais vengado la muerte de vuestro tio.» La historia añade que esta leccion pública produjo el efecto que se esperaba en el conde.

Los primeros platos no fueron otra cosa que cortezas de pan de figura circular. Despues se labraron de madera, de barro y de todos metales.

(*Se continuará en otro número.*)



PEKING
O
CHUN-THIAN-FU.

Peking, á 1850 leguas de París, es la capital de la china desde el siglo XV: en 1421 estableció en ella su corte el tercer emperador de los Mings, y desde entonces quedó abandonada *Nan-King*, capital del sud. En tiempos anteriores los fundadores de las dinastías habian elegido para residencia suya aquellas ciudades que mas les agradaban, y cuyos habitantes les eran mas adictos.

El nombre de Peking significa *corte del Norte*, y los chinos le pronuncian Be-dsing; pero el verdadero nombre de esta ciudad es *Chun-Tian-Fu ó ciudad de primer órden, obediente al cielo.* Fundóla Khubilai, nieto de Tchinghiz-Kan, y recibió el nombre de *Ta-Tou* (gran capital); se le llamó tambien *Kin Tchhing* (residencia del príncipe) y *King-sse* (la capital). Marco Polo la describe con el nombre de *Cambalu* (ciudad imperial).

La ciudad está dividida en dos partes separadas por una elevada muralla; la de la parte del Norte, ó la ciudad Mandchu es perfectamente cuadrada, y se la designa particularmente con el nombre de *King-Tchhing*; la del sur, ó ciudad china tiene la figura de un cuadrilongo, y la llaman *Vai-Tchhing* (arrabal del sur, ciudad esterior). Rodean á la capital doce grandes arrabales: puede pasearse á caballo sobre los muros que la circunvalan, cuyo grueso es de 21 pies y que tienen de trecho en trecho suaves declives.

Aunque las calles no están empedradas tienen el

suelo muy apisonado y fuerte. Son anchas y tiradas á cordel; las principales tienen 120 pies de ancho, y la mas hermosa es la *calle de la Tranquilidad* (Tchhan-Ngan Kiai) de 150 pies de ancho, la cual atraviesa toda la ciudad de Este á Oeste. Las casas son muy bajas, y comunmente no tienen sino un piso al nivel de la calle: estan cubiertas de tejas pardas ó rojas, porque las tejas verdes barnizadas se guardan para los palacios, y las amarillas para los templos ó habitaciones imperiales.

Los autores antiguos han dado á Peking una poblacion de 4, 8, 10, 15 y aun 20 millones de habitantes; pero esta ha sido una evidente equivocacion. El Padre Gaubil no calcula sino en dos millones el número de sus habitantes, y la mayor parte de los geógrafos se inclinan á su cómputo.

Es tanta la muchedumbre que circula por sus calles que para desviarla y abrirse paso, los grandes personages chinos marchan precedidos de gente á caballo. Los titereteros, cantores, charlatanes, y pronosticadores de la buena ventura son mas numerosos sin comparacion que en Londres y París, y no es menor la afluencia de los papamoscas que los escuchan embelesados. Las muestras de las tiendas obstruyen demasiadamente el paso, siendo tambien muy frecuentes unos grandes mastiles delante de las tiendas y mas altos que las mismas casas, llenos de letreros, divisas y gallardetes con las listas de los géneros que en ellas se despachan. Los habitantes de Peking hacen todo su consumo de las provincias meridionales. El precio de los artículos de primera necesidad es actualmente el mismo con corta diferencia que el de París, y respectivamente el de los víveres y telas.

Se encuentran en cada bocacalle y en cada puente, carruages de dos ruedas para el servicio del público, forrados de raso y de terciopelo, y tirados por caballos muy veloces. En las cocinas, y piezas que se quiere calentar se usa de ulla que arde en hornillos cubiertos. Son raros en Peking los incendios, y la policía tiene ademas para tales casos bombas y el restante aparato que corresponde á ellas; esta policía es muy rigurosa: circulan sin intermision por las calles soldados con la espada en el cinto y un látigo en la mano para castigar á quien intente perturbar el sosiego; vijilan sobre el aseo de las calles, y no permiten á nadie salir de casa de noche, á no ser por necesidad urgente, como por ejemplo á llamar al médico, y aun en este caso el vecino que va por la calle debe llevar su farol.

COSTUMBRES INDIAS.

Viajes.—Criados.

Los carruages se venden en los establecimientos ingleses de la India á un precio muy subido, y hay muy pocos; pero en vez de carruages están muy en uso los palanquines, especie de cajas muy bonitas y adornadas con todo primor, dentro de las cuales puede ir una persona sentada, ó echada cómodamente sobre almohadones. Las puertas de ambos lados tienen cortinas elegantes ó cristales dorados, y laboreados como todo lo interior de la caja. De la parte delantera y de la posterior de la caja salen dos palos del grueso y largura convenientes, y curiosamente trabajados y dispuestos para que carguen dos ó tres hombres por cada lado con el palanquin. Ademas de estos conductores, que caminan tanto como un caballo á trote, hay otros que hasta que les llegue su turno de cargar corren delante, y son una especie de batidores.

Estos indios, llamados Talingas, son de una raza particular que habita en la península, y que se alquilan en las ciudades para el servicio de los palanquines, al que parece que su casta está esclusivamente destinada. Tambien se les encarga el cuidado de los baños, cuya agua preparan y calientan con admirable prontitud.

Los Talingas son corpulentos y fornidos, y sus facciones tienen algo mas de varonil y tosco que las de los demas indios; pero en medio de esto son pacíficos, honrados é incansables.

Los amos fundan un lujo particular en el traje de sus palanquineros. Se compone comunmente de una camisa blanca de algodon que cae sobre el pantalon de la misma tela y siempre muy limpio; un turbante encarnado y una faja del mismo color dan á esta librea una originalidad agradable.

El europeo que no puede disponer en la India de un carruage se ve precisado ó á estar metido en su casa, ó á andar en palanquin, porque esta es la costumbre, y el ir á pie seria alli faltar á la propia dignidad. La primera vez que Mr. de Mélay, gobernador frances en Pondichery, cansado de verse siempre llevado ó tirado, se presentó á pie en el paseo, aunque seguido de su coche y palanquines, se le supuso amenazado de alguna desgracia.

Los habitantes de algunas conveniencias, pero que no les bastan para gastar coche, suplen esta falta con palanquines puestos sobre ruedas y tirados por bueyes. La diferencia no es tan grande como parece, si se atiende á que los dos bestias de tiro se escogen de una raza que nada tiene de las formas pesadas y torpes de nuestros bueyes de Europa. Al contrario, aquellos bueyes son muy vivos de mediana altura, gordos y bien cuidados, y adquieren todo el aire y movimiento de los caballos, con quienes ribalizan en lo veloces y dóciles. Aquellos carruages, aunque grotescos á primera vista, son cómodos, y se camina en ellos con rapidez: regularmente los gastan los comerciantes armenios ó indígenas.

Los viajeros van en palanquin de un extremo á otro de la India, y trepan asi los montes por sendas que apenas un mulo se atreveria á atravesar. Los palanquineros se mudan de trecho en trecho segun la situacion de las aldeas, en las que siempre hay individuos de su casta que vincula la existencia en esta clase de trabajo. Es tal la buena fe de aquellos indios, que el europeo abandonado al arbitrio de ellos en medio de las regiones mas desiertas, nada tiene que temer de su parte. Al empezar su viaje enseña al gefe de doce *Talingas* el dinero que lleva en su bolsillo, y el gefe responde de él hasta el relevo siguiente.

Todo contribuye á sumergir en un sueño profundo al viajero blandamente tendido en un palanquin. La suave elasticidad de los colchones, el calor, la igualdad del movimiento, y mas que todo el gemido débil y monotono que dan los Talingas en cadencia, tienen un poder soporífico al que es difícil resistir, y mucho mas de noche, no obstante la luz de las antorchas y el ruido que meten los indios que caminan delante. Esto hace sumamente necesario el servicio de un criado, que en la India llaman *Daubachi*, y que viene á ser una especie de ayuda de cámara; y un europeo necesita de él, como del aire que respira.

El *Daubachi* sirve de intérprete y preserva á su amo de los artificios de los comerciantes indios que procuran siempre engañarle. Surte á la casa de todas las provisiones indispensables, é inspecciona cuidadosamente todos los gastos. No abandona jamás á su amo, le sirve á la mesa, duerme á la puerta de su aposento y manda á los demas criados.

En todos sus deberes de confianza tiene el *Daubachi* muchos provechos; pero en medio de las comisiones que le paga el comerciante, y que admitidas por el uso se satisfacen manifiestamente, no deja de mirar por los intereses del extranjero que le emplea.

Hay ademas del *Daubachi* una cáfila de criados de que tiene que valerse el que reside en la India, aunque sea por poco tiempo. Cada especie de servicio lo hace un so-

lo individuo, que no desempeña otro ninguno. Hay un criado para el calzado, otro para cada parte del vestido, otro para traer los alimentos. Los párias son los únicos que tocan al calzado, porque reputados por infames, ellos solos pueden manejar lo que haya tenido vida, y particularmente los obgetos fabricados con los restos del buey y la vaca, animales considerados por sagrados entre los demas indios; y asi ellos solos son zapateros y cocineros. Los párias desempeñan los otros ramos de la servidumbre. El menosprecio que sus compatriotas les prodiga lo justifican en cierto modo sus raterías, desórden y desaseo habituales.

Sin embargo de estos inconvenientes no es desagradable el servicio de los indios, pues son pacíficos, dóciles, obsequiosos, aseados é inteligentes en la parte del servicio que toman á su cargo; pero no hay que aguardar de ellos adhesion ni agradecimiento: pagados de sus ligeros servicios con un corto salario, viven con poco, gracias á su frugalidad. Un poco de arroz, pimienta y agua, y algunas veces leche y frutas, constituyen su diario alimento. Entre los indios, que siguen el mahometismo, los ricos viven con menos frugalidad y comen aves y peces. En cuanto á los europeos son en la India como en todas partes, muy aficionados á todos los bocados esquisitos que suministran los reinos vegetal y animal, y saben acudir amenudo á los sistemas de Francia, Inglaterra y la India.

UNA NOCHE DE HOSPITAL.

No puede darse en mi concepto peor residencia ni mas triste mansion que la de un hospital, fuera de la de una carcel. Yo sé lo que son entrambas, y confieso que jámas he esperimentado sensaciones tan congojosas como en el hospital militar de Chalons, en el que permanecí un invierno desde 1813 á 1814. A cada momento se nos reunian nuevos compañeros, y muy particularmente una noche, en que el enemigo se hallaba á las puertas de la ciudad, y que no habia dejado de sonar el cañon desde el amanecer. Llegaron diferentes carros de heridos, á quienes fue preciso colocar sobre paja en el reducido terreno que mediaba de cama á cama. Algunos de nosotros dividieron la suya con los recienvenidos.

A cosa de las seis trajeron á mi lado á un hombre que no tenia mas vestido militar que un chaleco viejo de uniforme, que se dejaba ver bajo una blusa de lienzo azul que le cubria de arriba abajo, con unos calzones de terciopelo que completaban todo su traje. Sus cabellos divididos desde la frente y pendientes á cada lado de la cabeza, me hicieron pensar que pudiese ser algun paisano de la Alsacia que habria tomado las armas en clase de voluntario. Tenia atravesada la pierna de una bala, pero no parecia que le atormentaba mucho su herida. No podré olvidar jamás la figura de aquel hombre, sus ojos azules y penetrantes, su espaciosa frente, las prominencias de sus mejillas y su largo bigote acastañado.

Poco despues colocaron al pie de nuestra cama á un jóven subteniente, que sin duda acababa de salir de algun colegio militar: venia herido hácia el hombro de una lanzada, y desde luego me pareció que su vida corria peligro.

Estaba ya muy adelantada la noche, y reinaba una especie de calma en aquellas salas, débilmente alumbradas por algunas lámparas puestas de trecho en trecho. No se oian sino los gemidos de los heridos que no podian reprimir aquel desahogo de sus dolores. El jóven subteniente se habia tapado la cara para que no se viese que lloraba, y mordia las pajas en que estaba acostado. Creí que ademas de los dolores de su herida le martirizaban los del espíritu, y mi compañero habia sin duda pensado lo mismo que yo, pues habiéndose incorporado un poco, le miraba con señales del mayor interés. El mismo estaba en el acceso de la calentura, y repetia por intervalos: "¡Infeliz jóven! demasiado tierno para hacer una campaña, y campaña como esta! No ha aprendido todavía á sufrir; á sufrir la sed y el hambre, á dormir sobre la nieve, sin aguardiente y sin capa. Ya duerme: tal vez está soñando que se halla en casa de su madre ¡Pobre mujer! Dios sabe si volverá á verle ¡Ah! ¿y como no ha de pensar en su madre siendo tan jóven! Aun yo, que me he visto en tantos campos de batalla, suelo pensar algunas veces en la mia. Ya hace años que ruedo por el mundo. Muchos han pasado sin que haya podido llegar á decir esta es mi casa, y ahora que empiezo á ser viejo me sucede lo mismo. Me quemaron la casa que yo habia construido, y vivaquearon en el campo que me sustentaba. Hizo bien en morirse mi pobre María para no verlo. No lo creeria si fuesen á contarla en donde está que los uniformes blancos habian destruido su cabaña."

No pudo menos de interesarme el lenguage de aquel hombre; estaba yo mismo desasosegado, y procuré que me contase su historia que debia ser la de otros muchos franceses, pero que segun se espresaba tendria mucho de singular. La calentura que le trastornaba de cuando en cuando daba mayor energía á sus palabras, que no me es posible trasladarlas con toda su espresion.

Me dijo que habia dejado las filas despues de la segunda campaña de Italia, y pasado á establecerse cerca de Santa María-aux-mines, de donde era natural. Habia enviado á sus hijos á París cuando vió que el enemigo pasaba nuestras fronteras, y el habia vuelto á tomar las armas. "No es esta, me dijo, la vez primera que me bato en terreno de Francia. He visto á los prusianos en los llanos de Champagne: he visto una guerra mas triste y cruel todavía. Despues de la toma de Maguncia se nos hizo pasar á la Vendée. Yo era entonces muy jóven; casi tan jóven como ese pobre subteniente.

,,A los pocos dias de nuestra llegada me envió el coronel de ordenanza á una aldea llamada San Martin. Era en los primeros dias de la primavera y apenas amanecia cuando yo galopaba por un camino áspero y rodeado de matorrales, entre colinas cubiertas de bosques y maleza. De repente me dispararon unos cuantos tiros, y mi caballo cayó para no levantarse mas. Salieron de la espesura unos doce hombres que se echaron sobre mi antes que yo pudiese valerme, y me llevaron corriendo al bosque. Todos ellos tenian un aspecto malo y estúpido, y uno estaba vestido de negro, y llevaba una escopeta que me pareció de mucho precio. Cubríale un sombrero de ala ancha, sus cabellos eran largos y lacios, y le ceñia el brazo un pañuelo blanco, bordado de flores de lis. Le hubiera yo tenido por un clérigo, á no verle armado. Al cabo de algun tiempo de una marcha precipitada, se detuvieron en un escampado, y los brigantes formaron círculo al derredor del hombre del pañuelo blanco. Conocí que mi suerte dependia de él, y le miré con atencion; pero no se observaba en su fisonomía indicio alguno de compasion, y desde luego conocí que nada tenia que esperar, y recordé cuanto habia oido referir acerca de la crueldad de los de la Vendée. ¡Qué no hubiera yo dado entonces por estar en el mas horrendo calabozo ó delante de una comision militar! En tanto que el hombre negro hablaba en voz baja á sus compañeros, dos de entre ellos abrian una hoya profunda. Yo esperaba que iba á mandar que me afusilaran; pero le hubiera parecido demasiada indulgencia darme la muerte de un soldado. Por su órden se me colocó de pie en la hoya y se volvió á llenar esta hasta dejarme con sola la cabeza fuera de ella. Los brigantes apisonaron fuertemente la tierra al derredor de mí y se alejaron sin proferir una palabra. Algunos de ellos se horrorizaban al parecer de lo que acababan de hacer, y pidieron al hombre negro que recitase algunas oraciones sobre mi sepulcro; pero él les respondió: «No, no! que perezca su alma con su cuerpo, y

plegue á Dios que perezcan lo mismo que él todos nuestros enemigos. Me miró por algunos instantes sonriéndose vengativamente, y se emboscaron todos.

La cólera me sofocaba y no me permitia conocer todo lo espantoso de mi situacion. No deseaba en aquel momento sino tener entre mis manos al miserable que me habia enterrado vivo; pero cuando fueron pasando horas sobre horas, y que mi despecho se calmó, empecé á comprender que todo se habia acabado para mí, y que nada tenia ya que esperar sino la muerte. A cierta distancia de mi cabeza estaba una enorme piedra, y mi único deseo era el poderme romper la cabeza contra ella. Fue subiendo el sol, llegó á su mayor elevacion, declinó y se iba á poner, y mi situacion era la misma. La tristeza se iba apoderando de mí, y no hacia sino pensar en mi madre, en las jóvenes de mi aldea, y en los montes y huertos de ella, y eché á llorar. Despues probé á gritar aunque sin esperanza de que nadie me oyese, pues mi voz no pasaba del recinto escampado en que me hallaba. Fueron confundiéndose poco á poco todos los obgetos con la proximidad de la noche, la mas larga de toda mi vida. No quisiera pasar otra tal, ni por toda la gloria del general Bonaparte. A veces me figuraba que me llamaban y distinguia mil visiones extravagantes. Me parecia que andaban al derredor de mí figuras largas y blancas, y entre ellas veia el terrible rostro del hombre del pañuelo blanco dando carcajadas de risa junto al mio. Ya no sentia mi cuerpo, paralizado con el frio y el peso de la tierra, y hubo un momento en que me pareció que habia dejado de existir, y que sola mi cabeza separada por la cuchilla de la guillotina, conservaba algun sentimiento. Soñaba que me habian guillotinado.

Cuando amaneció me deboraba una sed ardiente, y alargaba cuanto podia los lábios para chupar una hoja de la maleza que tenia delante humedecida con el rocío de la noche; pero no pude llegar á ella, y solo conseguí cojer con la boca algunas piedrecillas que procuraba tragar, prometiéndome abreviar por aquel medio mi suplicio; mas no logré morir. Creia que los árboles y colinas jiraban rápidamente al derredor de mi cabeza. Las moscas se pegaban á mi cara y me sacaban sangre sin que yo pudiera defenderme, y sentia un peso enorme sobre mi pecho ¡Ah Camarada! Yo me ahogo..... Decidme algo, Camarada. No me gusta recordar esta aventura.»

Habléle en efecto y procuré distraer al veterano de sus tristes recuerdos; pero yo mismo no pude conciliar el sueño sino muy tarde, y cuando desperté estaba el soldado muy malo. El jóven subteniente habia muerto, en la misma noche, y algunos dias despues salí del hospital sin saber el fin de la historia del paisano de Alsacia.

ROMANCE

poco conocido.

DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

A una vieja habladora que callando registraba á un galan lo que le pasaba con su dama desde su casa.

Epílogo de los tiempos,
almacen de las arrogas,
archivo de las edades
y taller de las astucias.
Inmemorial poseedora
de una vida que madruga,
desde el tiempo de Noe
á ser de todas injuria.
Azote de los demonios,
polilla de sepulturas,
salteadora de ahorcados
y contra los niños, bruja.
Con tu rara senectud
que aun no te parece mucha,
Sara se murió en agraz,
Matusalén en la cuna.
Si resignára la parca
el oficio que ejecuta,
por inexorable fuera
la primera en la consulta.
En lo anciano y descarnado
te toca ser sustituta,
pues congregacion de tabas
en tu pellejo se juntan.
¿Qué será verte en un cerco
cuando al cocito conjuras
sin zapatos, patizamba,
sin tocado, pelirucia?
Con el acebo en la mano
que descerraja espeluncas
que divierte al cancervero,
y que el Flagetonte enturbia,
cuyo mandato obedece
toda la canalla inmunda,
como á miembro de su centro,
como á dueño de sus furias;
¿qué será verte una noche
cuando á las doce desnuda
para pisar esos aires
te vales de las unturas?
Y penetrando bodegas,
brincando de cuba en cuba,
tanto chupas los licores
como á los muchachos chupas,
hasta que en solio azufrado
el torpe cabron adulas,
besándole aquellas partes
tan cursadas como sucias.
Y quien te viera ¡oh vestiglo!
solicita como nunca
desvalijar de las horcas
los que el verdugo columpia,
pues aun en bocas cerradas
no tienen muelas seguras,
que para tus intenciones
de sus quijares las hurtas.
Tu forjas las tempestades,
tu los elementos turbas,
tu los granizos congelas,
y tu desatas las pluvias;
á fuerza de tus conjuros
el dia claro se enluta,
y en las mas peladas peñas
haces que nazcan lechugas.
Y con todas estas faltas
no me ofende ni me injuria,
tanto como ver en ti
que eres habladora suma:
que el truan mas aplaudido
y la monja menos zurda,
será mudo en tu presencia,
y ella será tarta-muda.
A usarlo continuamente
diera á tu falta disculpa,
mas en mi daño callada
quien ha de haber que lo sufra?
pues el silencio destierra
esa lengua vagamunda,
no en ocasion de hacer mal
seas pitágora segura.
Solo para locutorios
donde se guardan clausuras,
se remite á los oidos
el hacer papel de escucha;
y la virtud del silencio
no es bien que se te atribuya,
cuando por curiosidades
veces y voces renuncias.
Ya que oyes con silencio,
tenerle siempre procura,
no desentierres secretos
que nobles pechos ocultan;
pena que si los revela
tu lengua vil y perjura,
de la manera que suele
vendiendo por vino, zupia,
tremendo castigo aguarda
que ya mi rigor te anuncia,
sin que puedan defenderte
los de la précita turba.
Con legiones de muchachos
que es la mas inquieta chusma,
me vengaré de tus yerros
y castigaré tus culpas.

LA OCA O GANSO CASERO.

El ganso casero no es mas que el ganso mismo reducido á la domesticidad; los hay blancos, pero comunmente suelen ser grises. La cria de gansos es lucrativa, porque bien cebados suelen pesar de 15 á 16 libras. Se les encierra para este fin en un sitio obscuro, se les saca los ojos, se les clava á estos desdichados animales por los pies, y se les engarganta de alimentos farináceos, no dejándoles que beban. Ademas de la buena calidad de su carne y su grasa, suministran los gansos escelentes plumas para escribir, y una plumilla muy delicada de que se les despoja varias veces al año. Infinitas camas de Europa se componen de ella; pero en Asia y los paises circunvecinos no se conoce su uso.

Estos animales, célebres en la historia por haber salvado en el capitolio á Roma de la invasion de los Gaulas, son capaces de cobrar ley á las personas, y Buffon habla de un ganso que agradecido á un criado le seguia á todos lados, le acompañaba por mas de cinco á seis leguas, y murió de pesadumbre de verse separado de él.

(La oca ó ganso casero.)

Entre las especies de gansos se cuenta la de *gorro negro*, cuya cabeza presenta por cada lado una mancha de este color; el *ganso acorbatado* que tiene bajo el cuello una ancha faja blanca sobre fondo negro; el *ganso risueño*, cuyo grito se parece á una carcajada; el ganso Kasarka, cuyo grito imita al sonido de un clarinete; el *ganso de Guinea* que reune en si las dos especies de ganso, y de cisne; el *ganso bronceado*, que tiene bajo del pico una gran escrecencia carnosa, en figura de cresta, y el *ganso armado*, única especie de toda la familia de los palmípedos, cuyas alas estan guarnecidas de espolones, como las del Kamichi y otras aves.

La última especie, conocida con el nombre de *ganso de nieve* merece particular mencion, por la singularidad de ciertos pormenores observados por los naturalistas.

Es del tamaño del ganso comun. La mandíbula superior del pico la tiene de color de escarlata, y la inferior blanquizca, y toda su pluma es blanca menos los diez primeros cañones de las alas que son negros, salpicados de manchas blancas.

Estos gansos son muy comunes en la bahia de Hudson. Los habitantes de la Siberia hacen de ellos su principal alimento, y sus plumas forman un importante ramo de comercio. Cada familia mata millares de ellos en cierta estacion, y despues de desplumarlos y destriparlos los echan á montones en agujeros espresamente abiertos cubriéndolos solo con tierra. Esta tierra forma una especie de bóveda, y cuando se abren estos almacenes se hallan las provisiones muy frescas y buenas.

Los gansos de nieve son tan poco ariscos que se les coje fácil y entretenidamente. Se tiende en línea recta una gran red de un lado á otro del rio, y uno de los pescadores cubierto con la piel de un reno blanco se adelanta hácia la banda de gansos, mientras sus compañeros van tras ella espantándola para que vaya hácia adelante. Los pobres animales creen que el hombre blanco es su conductor, le siguen sin desconfianza, pero de repente cae la red, los envuelve y quedan prisioneros.

MADRID: IMPRENTA DE D. T. JORDAN, EDITOR.